

# *Entre la metáfora y la ciencia: desplazamientos en el imaginario sobre la animalidad en la cultura argentina de fines del XIX*

*SIMARI, Leandro Ezequiel / Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA)- CONICET*

---

*Eje: Cuerpo y animalidad Tipo de trabajo: ponencia*

---

» *Palabras claves: Cuerpo- animalidad- biologismo*

## » **Resumen**

Entre las múltiples transformaciones que se desprenden del proceso de modernización impulsado por la élite cultural y política en la Argentina de finales del siglo XIX y comienzos del XX, una no menor es la que se corrobora en torno a los modos de pensar, estudiar y representar el cuerpo humano, en su más estricta faceta material y biológica, y sus zonas de contacto con la animalidad. El despliegue de discursos científicos o pretendidamente científicos, más o menos arraigados en lecturas no siempre fieles del evolucionismo darwiniano, y legitimados por la filosofía positivista que marcaba el clima de época, pondrá de relieve los vínculos que emparentan la anatomía y la fisiología de hombres y animales y sus respectivos desarrollos como especies, pero también invitará a la extrapolación de la mirada biológica al terreno de lo social. En la misma sintonía, el Estado nacional en vías de consolidación desplegará prácticas y discursos tendientes a incorporar bajo su esfera de influencia la vida biológica de una población creciente y diversificada.

El trabajo propuesto pretende estudiar los modos en que la novela naturalista argentina evidencia, al abordar estas problemáticas, una renovación y expansión del imaginario sobre lo animal. En las producciones que se encuadran dentro de esta corriente, en general, y en *Irresponsable*, de Manuel Podestá, en particular, las alusiones clásicas en sentido figurado se suman las nuevas miradas que remiten al cuerpo y la animalidad en estricto sentido literal y con voluntad analítica.

En el comienzo de un primer capítulo que remite menos a la corriente del naturalismo literario con la que otros de sus rasgos la emparentan que al memorialismo estudiantil de *Juvenilia*, *Irresponsable* [1889], primera novela del médico higienista Manuel Podestá, pone en escena la agitación de un día de examen en los claustros universitarios de Buenos Aires, hacia fines del siglo XIX. Si en esas ocasiones, dice el narrador, la puerta de la universidad se convertía irremediabilmente en un “hormiguero”, por el “entrar y

salir incesante de alumnos” (Podestá, 2000: 25), el desorden admitido dentro de las aulas tenía, por el contrario, límites, custodio y castigo más definidos: cuando la indisciplina era excesiva o consistía en artimañas para contribuir al éxito de algún estudiante, intervenía el “cancerbero Gazzolo” (Podestá, 2000: 25), que se ocupaba de los involucrados y los “arrastraba al encierro como a corderos empacados” (Podestá: 2000: 25).

Los estudiantes como hormigas o corderos; Gazzolo como el mítico can que custodia la entrada al Hades: con sus variantes, las tres figuras se inscriben en una tradición que atraviesa la historia de la literatura y que quizá sea tan antigua como el lenguaje mismo si, como quiere Rousseau, el primer lenguaje fue figurado (2008: 29) y, como quiere John Berger, la primera figura fue la metáfora animal (2013: 13). En cualquier caso, la imaginación literaria (podría decirse, la imaginación cultural en general) diseñó una gama heterogénea de inflexiones de la animalidad cuyas versiones se distribuyen entre la humanización del animal y la animalización del humano, entre el encomio exaltado de virtudes animales (en buena parte, resonancias de un antropocentrismo diferido) y la configuración alarmada de cuerpos en los cuales la confluencia y, sobre todo, la indistinción, entre rasgos humanos y animales operan como estrategia de representación de lo diferente, lo degradado, lo peligroso, lo otro, lo antinatural, lo sobrenatural, lo monstruoso.

En los tres pasajes citados, Podestá abreva en la densidad de ese imaginario con toda la originalidad que le permite el lugar común. Cuando, conforme avance, la narración redunde en ella como estrategia de caracterización de los personajes, la animalización en Irresponsable recordará, en particular, al que probablemente sea su más extendido uso en los clásicos argentinos del siglo XIX: el peyorativo. En términos estrictamente retóricos y literarios, la figura que hace de un ebrio corpulento y desmayado una “res desollada” (Podestá 2000: 155), o la que equipara la expresión desconfiada de los oficiales de policía que retienen al protagonista, hacia el final de la novela, con la del gato montés, no se distinguen del tratamiento que la literatura argentina decimonónica, en sus distintas vertientes, dispensó a indios, gauchos, inmigrantes u opositores políticos.

Sin embargo, cuando “el hombre de los imanes”, único mote concedido al protagonista de la novela en recuerdo de su fracaso en uno de los exámenes que refiere el primer capítulo, diga, frente a un antiguo amigo con el que se reencuentra, que “de la vida no [le] queda más que la animalidad” (Podestá, 2000: 99), el texto estará aludiendo a la vida animal en un sentido diferente. La modalidad de enunciación ya no será la del lenguaje figurado, el antecedente remoto ya no será la metáfora animal originaria, el imaginario al que se interpele ya no será exactamente el mismo en el que el propio Podestá recaba en otras instancias del texto. Porque, en esta y otras zonas de Irresponsable, el animal ya no es horizonte de comparación, sino término último de un proceso: el proceso que conduce a un hombre desde una forma de vida identificable como humana hasta una forma de vida dominada por la animalidad.

Como en ninguna otra instancia de la novela, los términos en que se manifiesta esa diferenciación se evidencian en la voz del mismo viejo amigo al que el protagonista confiesa su declive gradual y total. Con una entonación que alterna entre el diagnóstico, la reprimenda y la prédica moral, su discurso extrapola, casi sin mediaciones, el dogma que Podestá difundiera en textos de propaganda higienista, y articula, en torno a dos de sus principales tópicos, la decadencia física y moral del protagonista. El primero de ellos, una herencia biológica degradada capaz de determinar, de generación en generación, enfermedades físicas, mentales y morales. El segundo de ellos, uno de los enemigos privilegiados por las distintas vertientes contemporáneas de la medicina social: la adicción al alcohol.

Siguiendo la lógica determinista que la novela abona, todos los padecimientos ya narrados o por narrar en el derrotero del hombre de los imanes deben remitirse a su falla orgánica, potenciada por el vicio. Es, en definitiva, esa doble condición la que lo empuja hacia el límite de lo tolerado por las dos normas que la época tergiversa o iguala: la norma social y la norma biológica. A la vez que le advierte sobre las tendencias delictivas de las que ha huido por poco (“has podido ser criminal”) (Podestá, 2000: 103), su amigo ratifica la presunción con la que el hombre de los imanes inauguró el diálogo: “por una copa de licor, entregabas un jirón de tu organismo moral, que has ido destrozando y enajenando poco a poco, para quedar reducido, como tú decías hace un momento, a la animalidad” (Podestá, 2000: 101). Si la inminencia del delito aparece como un peligro real en el destino del protagonista, su deriva hacia la animalidad es presentada en los mismos términos. Podestá no hace de la analogía una estrategia pedagógica en el discurso aleccionador de su personaje; no se sirve, como en otras instancias del texto, de la profusa densidad de figuras que propicia el heterogéneo imaginario de lo animal. Cuando la novela dice dos veces que su protagonista se animaliza quiere decir, sin visos de metáfora o alegoría, precisamente eso: que las tendencias funestas de su organismo, redobladas por los efectos nocivos del alcohol, empujan su constitución biológica y su comportamiento hacia una forma de vida donde los rasgos específicamente humanos se disuelven en animalidad elemental. La anormalidad biológica y la anormalidad social del personaje encuentran, así, su punto de reunión: la anatomía y la fisiología humanas se extravían, las conductas sociales se pervierten, el delito se insinúa como el siguiente paso hacia el quiebre moral definitivo; lo que emerge es el animal, sus rasgos, sus apetitos, su instinto. Emergencia que, por otra parte, se plantea explícitamente en los términos de la carencia: la deriva biológica que el hombre de los imanes experimenta, el tránsito entre vida humana y vida animal, se entiende como reducción, como el despojamiento gradual, en su organismo y conducta, de *lo propio del hombre* (Derrida, 2008). El resto sería pura vida animal, o la pura vida animal sería *un resto*.

En el entramado de herencia, biología y vicio que determina el destino de su protagonista, en la equiparación de su decadencia orgánica y moral con una paulatina e irrefrenable animalización, la ficción de Podestá reelabora, en una de sus facetas, parte de la expansión, la renovación, los desplazamientos

operados durante las últimas décadas del siglo XIX en torno a los modos de pensar, conocer, imaginar la vida biológica, en general, y la vida animal, en particular. El impulso de un cientificismo de corte positivista que se materializó en un correlativo robustecimiento institucional, el creciente prestigio de la medicina como discurso capaz de intervenir en todos los estamentos de lo social y la pronta difusión, hacia 1870, de las teorías evolucionistas de Charles Darwin, en alianza con la ya hegemónica filosofía de Herbert Spencer, habrían de posicionar a la vida biológica, su salud, su desarrollo, su estudio y conservación, como eje de interés para un arco institucional, disciplinar y discursivo en vías de expansión, que excede en mucho al mero campo de acción de las ciencias naturales. Decir que la biología, en tanto disciplina, se posicionó como modelo de la ciencia y, en términos ideales, de toda forma del saber es, cuando menos, insuficiente: habría que decir, también, que en la materia de estudio de la biología comenzó a perseguirse la explicación última de problemáticas que, en otro contexto, no hubieran franqueado el umbral de lo social, lo económico, lo político o lo histórico.

Como en otras novelas del ciclo naturalista, pero quizá como en ninguna otra, la animalidad incipiente del hombre de los imanes se exhibe como huella ficcional de esos procesos. Sin embargo, los rasgos particulares que delinean al protagonista recortan un referente más específico. Herencia, alcohol, delito, animalidad: los cuatro componentes que en él confluyen, a priori reformulaciones vernáculas de los tópicos del naturalismo zoliano, o versiones ficcionales, estetizadas á la Zola, de las preocupaciones higienistas del autor, reciben en la novela un tratamiento que traduce, entre la paráfrasis y la cita disimulada, la lectura de *El hombre delincuente* [1879], de Cesare Lombroso.

Aun cuando señale también causas sociológicas del crimen, los fundamentos teóricos principales de la antropología criminal descansan sobre la convicción de que existe una fuerte base de determinación orgánica en la constitución de todo delincuente, en particular a partir de dos hipótesis centrales. La primera, la hipótesis de que las tendencias criminales, como los males del hombre de los imanes, son hereditarias. La segunda, quizá la más citada y censurada, la hipótesis del atavismo, que define al delincuente como un ser biológicamente involucionado: “los crímenes más horrendos e inhumanos tienen un origen biológico, atávico, en los instintos animales que (...) resurgen instantáneamente bajo ciertas circunstancias” (Lombroso, 2006: 91). Sin abandonar nunca ese núcleo teórico inicial, *El hombre delincuente* habría de afinar sus taxonomías en sucesivas ediciones. Así, en la cuarta edición, de 1888, se incorporarían dos figuras sobre las cuales se recorta, con nitidez, el caso ficcional del hombre de los imanes. Su “flacura del hambre” y su “cara puntiaguda, demacrada, amarillenta” (Podestá, 2000; 33), recuerdan a dos de los rasgos distintivos, según Lombroso, del llamado delincuente alcohólico. El violento e ingobernable arrebató que lo invade en una manifestación pública, hacia el final de la novela, y que termina en un severo acceso de epilepsia, remite, por su parte, a la noción de delincuente epiléptico.

Pero si su animalidad emergente, su alcoholismo y su epilepsia lo acercan al delito y, siguiendo las relaciones entre textos, a la figura del delincuente lombrosiano, las razones por las que escapa de ese destino terminan por confirmar al hombre de los imanes como su versión. En *El hombre delincuente*, Lombroso sostiene que “la educación, la familia y el miedo al castigo” (2006: 91) pueden suavizar, aunque no eliminar, los efectos que promueven en el individuo los elementos atávicos de su organismo. En *Irresponsable*, el hombre de los imanes escuchará de boca de su amigo: “el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde tus pasiones, han hecho de ti un ser inofensivo” (Podestá, 2000: 101).

Entre la analogía del cuerpo inerte del ebrio con una res muerta y la caracterización del estado del protagonista como una reducción a la animalidad se ha operado un desplazamiento: de lo figurado a lo literal, de la comparación a la descripción directa, del como si que recrea una genealogía de metáforas animales a la ficcionalización de teorías que perfilan el clima cultural de la época. Aun cuando, en ambos casos, contribuya a la configuración de un personaje ficticio, la animalidad funciona como horizonte comparativo sólo en el primer ejemplo. En el segundo, enmarcada por las alusiones directas a la antropología criminal de Lombroso, es el nombre y el fundamento biológico que recibe la decadencia física y moral del protagonista.

Detrás de esa reconfiguración y expansión en el imaginario, detrás de esa convivencia, en el lenguaje y la literatura, entre la figuración tradicional y las nuevas inflexiones de cuño científicista, se insinúa la que probablemente sea la mayor transformación que registra el período en torno a los modos en que la cultura concibe la relación entre humanidad y animalidad. Porque si el evolucionismo de Darwin vino a confirmar, a través de una teoría científicamente convincente, la estirpe animal de la naturaleza humana, situando ambos términos dentro de una misma escala biológica que anula la hipótesis de una diferencia radical, su proyección hacia la esfera de lo social diseñó, a través de esa lógica, la cifra de una doble amenaza, biológica y social: la de la regresión evolutiva de la especie humana y la correlativa emergencia de su sustrato animal como causa última de conflictos sociales de toda índole. El animal, entonces, encarna una forma de vida inferior de la que individuos y colectivos humanos no se han diferenciado del todo o a la que, fatalmente, pueden regresar. Y, en la medida en que la frontera entre humanidad y animalidad se vuelve un pliegue interno, impreciso e irregular, la noción misma de humanidad se fragmenta y tergiversa. Comienza a regir, montada sobre el hipotético rigor científico que avala convenientemente preceptos y prejuicios hegemónicos de la cultura occidental, una difusa jerarquía de vidas humanas más o menos desarrolladas como tales o, por la negativa, más o menos equiparables a la vida animal. Su fundamento biológico ilusorio, en última instancia, es el criterio que autoriza a diferenciar vidas valiosas de vidas prescindibles, vidas protegidas de vidas desnudas.

Si el sustento histórico de la metáfora animal ha sido, como propone Julieta Yelin (2011), la convicción de que entre naturaleza humana y naturaleza animal primaba la oposición, que una literatura pergeñada al calor del biologismo de cuño darwinista registre, junto con figuraciones clásicas de lo animal, el nuevo tipo de manifestaciones que se vislumbran en Irresponsable resulta un movimiento previsible. No obstante, filtradas por sus proyecciones hacia territorios ajenos que el biologismo finisecular coloniza, esas miradas sobre la animalidad conllevan un uso intencionado e intencionalmente selectivo de la identificación entre humanos y animales que, en cuanto a sus implicancias lógicas e ideológicas, se aproxima más a buena parte de las clásicas metáforas animales que al futuro vaciamiento y desideologización que le depara, según la misma Yelin, la literatura de Kafka. En ese sentido, la identificación entre animalidad y peligro, animalidad y otredad, animalidad y monstruosidad, se sostiene, pero bajo patrones nuevos. El hombre devenido animal no es ya representación y símbolo de otra cosa: por el contrario, las causas que lo convierten en peligroso, en un otro, en un monstruo, se explican (o enmascaran) a partir de su devenir animal en el más estricto sentido del sintagma.

## **Bibliografía**

Berger, J. (2013). "¿Por qué miramos a los animales?". En *Mirar*. Barcelona: Gustavo Gili.

Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Trotta.

Lombroso, C. (2006). *Criminal man*. Durham: Duke University Press.

Rousseau, J.J. (2008): *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Córdoba: Grupo Editor.

Podestá, M. (2000): *Irresponsable*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Yelin, J. 2011). Kafka y el ocaso de la metáfora animal. Notas sobre la voz narradora en "Investigaciones de un perro". En: *Anclajes* vol.15 no.1 Santa Rosa ene./jun. 2011